

mayor seguridad podía ofrecer á sus prácticas religiosas y á las ceremonias de un culto todavía no bien definido ni bien fijado. Clemente, tercer Obispo de Roma, dirígese, en nombre de la Iglesia de esta ciudad, al Obispo de la ciudad de Corinto, y para aplacar ciertas diferencias, ofrécele por ejemplo el culto mosaico y el mútuo respeto, con que guardan su lugar los Pontífices, los sacrificadores y los levitas en la sagrada Sinagoga de Jerusalem. Tal epístola, primer monumento del Pontificado, no contiene ninguna pretension de los Obispos romanos á la alta supremacía que tuvieron luego en el mundo. Clemente usa esta sencilla fórmula: «La Iglesia de Dios, que está en Roma, á la Iglesia de Dios, que está en Corinto.» Así, pues, los nombres de los Clementes, de los Anacleto, de los Linos, quedan como envueltos en las sombras de un ténue crepúsculo. Solo en el rastro de las persecuciones se encuentra algo que revele la historia de los Pontífices. Los emperadores mas grandes aparecen como los emperadores mas crueles, porque deseosos de salvar la grandeza de Roma apelan á las leyes y á las tradiciones romanas contra aquella supersticion, cuyas consecuencias juzgan estragos horribles para el imperio. Trajano y Marco Aurelio confirman esta observacion con su proceder inicuo contra las primitivas asociaciones cristianas, bien contrario á la alteza de sus ideas y al vigor de su complexion y temperamento. Rastreando algunas noticias, aquí y allá esparcidas, podremos alcanzar una idea exacta de cómo pudo fundarse y establecerse la primacía romana entre los obispos del mundo católico, surgiendo esa señora institucion del Pontificado que debia someter á los bárbaros é iluminar y vivificar toda la Edad Media. Tan lentamente crecia la nueva Iglesia que, á fines del siglo segundo, no contaba con ningun templo el Dios de la verdad en el sacro recinto de aquella inmensa capital, donde habia templos innumerables para todos los dioses. Congregábanse los romanos fieles á la nueva creencia en algunas casas misteriosas, en algunos apartados retiros, en los columbarios ó cementerios paganos, léjos de la luz, como para esparcir en los hondos surcos de la tierra el gérmen de las ideas llamadas á trasformar la conciencia, y con la conciencia la vida y con la vida la tierra. Minucio Félix declara que doscientos años despues de la venida de Cristo no tenian los cristianos ni un templo siquiera en Roma. *¿Cur multas aras habent, templa nulla?* No debe

maravillarnos, pues, que la Iglesia romana careciera entonces de esa superioridad reconocida mas tarde por todos los obispos y llamada necesariamente á sustituir con la unidad religiosa la unidad material, caida en el suelo á los golpes de la invasion germánica y enterrada bajo los escombros de la Roma antigua. La distincion mayor que recibe la cristiana sociedad establecida en la Ciudad Eterna es el nombre de apostólica dado por Tertuliano en uno de sus escritos polémicos. Mas este nombre lo comparte con otras muchas Iglesias: en Acaya con la Iglesia de Corinto, en Macedonia con la Iglesia de Tesalónica, en el Asia menor con la Iglesia de Efeso.

Y es tan cierto que, deseando el papa Víctor apartar todo lo posible el Cristianismo de la Sinagoga y la liturgia nueva de la antigua liturgia hebraica, señala un día de Pascua distinto del día de los judíos para la universalidad de los fieles; y todas las Iglesias se le sublevan por tal usurpacion de atribuciones, hasta el Occidente mismo, como puede verse por las cartas de Irineo, glorioso obispo de Lyon en aquellos tiempos. Y hay mas, innumerables sectarios exageran los dogmas de la fe y los rigores de la disciplina. Montano, por ejemplo, cree que ciertos crímenes no pueden recibir perdon de los hombres ni rescate de la penitencia, y que ciertos fieles alzados por la misericordia divina en el mundo cristiano á las primeras dignidades eclesiásticas, no deben rehuir las persecuciones, sino buscarlas y exaltarse y recibir como un nuevo bautismo en la virtud santificante del martirio. La Iglesia romana, heredera del sentido práctico, que ha mostrado en la gestion política la ciudad, cuyo ilustre nombre ostenta, se opone á todas las exageraciones en la doctrina y en la vida, obteniendo así la supremacía perteneciente de derecho en el mundo á la moderacion y á la prudencia. Por consiguiente combate á Montano; y condena sus doctrinas con las enseñanzas ortodoxas y sus prácticas con los procedimientos tradicionalmente romanos. Y llega á tal punto que su jefe, su obispo, el papa Ceferino, se preserva de las emboscadas imperiales y huye á una de las persecuciones mas terribles, á la persecucion de Severo. En tal momento surge una demostracion mas de la lentitud con que la supremacía romana se fundará, pues como hubiera negado al montanista Tertuliano, á pesar de sus méritos y de sus grandezas, el derecho á entenderse con la Iglesia romana, tan pura en su doctrina y mas pura todavía en

su existencia, el impetuoso orador de Africa le echa en rostro su título pagano de Pontífice Máximo con aquella elocuencia, estridente cual los aullidos de las fieras y ardorosa cual las arenas de los desiertos. «Solo á Pedro, dice Tertuliano, ha dirigido Dios estas palabras: *Tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam.*» Sentencia que muestra dos cosas: una pretension de los papas romanos á la autoridad suprema y una negativa de los demás obispos á reconocerla y proclamarla. Pero el Pontificado católico indudablemente continuaba, con esa constancia que pone Dios en las instituciones nuevas destinadas á sustituir las instituciones antiguas, su obra de formar un organismo social capaz de reemplazar en autoridad y en fuerza al imperio romano, que parecia consumido interiormente por sus vicios y exteriormente amenazado por los bárbaros. El nombre de ilustre papa se une á la obra mayor de la primitiva edad cristiana, al cementerio subterráneo llamado de San Calixto, cuya espléndida resurreccion, sucedida en nuestros días, ha traído á este siglo algo del calor religioso en que se abrasaban las almas venidas al mundo con la vocacion de convertirlo á la nueva fe y trasformarlo en verdadero cielo. Confundidas las catacumbas de San Calixto con las catacumbas de San Sebastian, el explorador de las ruinas antiguas, mas animoso que el explorador de las selvas vírgenes, el inmortal Rossi, ha descrito la geografía de estos lugares de dolor y dado á la historia revelaciones, cuyo precio solo estimarán los venideros, amaestrados por el tiempo en extraer de estas piedras frias todas las ideas que contienen. Paseábase por la Vía Apia, anhelante de buscar los cuatro cementerios católicos enterrados por aquellos radios bajo la inmensa mole de las tumbas paganas, sobre cuyas cimas creéis descubrir las almas de los héroes, principalmente en la hora del crepúsculo, á la primera luz de las estrellas y á la última luz del dia, entre el rumor de las oraciones que exhala de su seno la Ciudad Eterna al tocar sus mil campanas el Ave-María y el cántico pastoril de las esquilas sonadas por los ganados al volver á los establos abiertos en los escombros de los acueductos y de los templos; horas de inspiracion y de poesía, propias para oír hablar á las ruinas y envolverse en los misterios de los tiempos y en el seno de lo desconocido, arrancándoles sus secretos tan necesarios para el conocimiento de la historia humana como los secretos que arrancan las ciencias exactas y naturales son necesarios para el

estudio y conocimiento de la creacion entera. Hallándose, pues, Rossi en una viña de la Vía Apia, encontró fragmento de mármol, que tenia esculpido medio nombre del Papa Cornelio, y dedujo de esta inscripcion fragmentaria la proximidad del cementerio de San Calixto. Inmensa necrópolis aquella, que se extiende bajo el suelo, entre la vía ardentina y la vía apiana. Yo he descendido á sus abismos; he visitado, faltos los ojos de luz, el pecho casi de aire, al trémulo resplandor de las antorchas que humeaban como llamas fúnebres ó como fuegos fatuos, aquellos laberintos y sirtes de sepulcros; he puesto mis rodillas donde se arrodillaban los mártires, cuando, al través de las bóvedas oscuras, oían las carcajadas del pueblo apercebido á ofenderlos y los rechina-mientos de las mandíbulas de las fieras azuzadas á devorarlos; he tocado con mis manos las inscripciones expresivas de las primeras plegarias que exhalaban las almas atribuladas y he besado con mis labios las aras donde se ofrecían al Dios de la libertad los primeros incruentos sacrificios; y puedo decir que, en aquellas tinieblas, todavía cargadas con las evaporaciones de las lágrimas y de la sangre; entre aquellos pedruscos sobrepuestos por las manos trémulas de los perseguidos y de los fugitivos; en aquellos frescos toscos donde apenas la nueva fe ha podido contrastar la triste decadencia imperial; en las grafitas borrosas, en las orantes que levantan al Empíreo los mal dibujados brazos, en las palomas que traen el místico ramo de oliva, en las apagadas estrellas de la esperanza que brillan sobre las frias lápidas, he sentido las inspiraciones de la fe, los arrebatos del entusiasmo religioso, las visiones de la inmortalidad, mejor que en las teatrales basílicas de mármoles y bronces, llenas de estatuas académicas y de costosos mosaicos, donde resplandecen los timbres de la Roma poderosa y material mas que los deliquios de las almas prontas al martirio por aquel ideal purísimo encerrado con los huesos rotos y las piedras deshechas en todas las catacumbas, eternas iglesias del espíritu y eternos altares del verdadero espiritualismo.

Pero no debemos considerar estos monumentos bajo su aspecto artístico y religioso, sino bajo el aspecto histórico, cual testimonio vivo de la importancia y extension que alcanzara el Cristianismo en el siglo III, merced á la tolerancia de un emperador, cuyo vago misticismo reunia en sus altares las imágenes de Orfeo y de Abraham, de Cristo y de Apolonio. Esta tolerancia

de Alejandro Severo llegaba tan léjos que, como los taberneros de Roma disputaran á los cristianos de las catacumbas la posesion de los territorios donde se abrian aquellas necrópolis, litigaron estos ante el César, quien decidió el litigio á su favor, movido de esta reflexion profunda en verdadera consonancia con todas sus doctrinas: conságrense esos sitios á Dios, sea cualesquiera su nombre. Al poco tiempo sucedió el reinado del godo Maximino al reinado del dulce Alejandro; y las persecuciones se enconaron; y dos papas, inmediatos sucesores de San Calixto, murieron terriblemente en el martirio. Y no dejaban estas persecuciones de llevar alguna incertidumbre á las naturalezas apocadas, así como llevaban mayor exaltacion á los ánimos de elevado temple. Prueba de esto se encuentra en el combate empeñado entre el obispo de Cartago, Cipriano, y la Iglesia romana, huérfana de su papa, el mártir Fabiano, muerto en las persecuciones ordenadas por Decio. Tenian los cartagineses en Cipriano un obispo mas amigo de predicar en las iglesias como buen retórico, que de afrontar el martirio como buen cristiano, pues mientras se le veia á la continua en las fiestas pacíficas que celebraban los fieles en tiempo de reposo, no se le veia jamás en las tribulaciones tremendas con que de vez en cuando probaba la adversidad á la Iglesia. Y los fieles cartagineses dirigíanse á los fieles romanos para buscar en su regazo algun consuelo, en sus consejos alguna fuerza, en sus oraciones alguna esperanza. Y esta inclinacion de unas Iglesias á otras debe tomarse muy en cuenta para estudiar y conocer el predominio que la Iglesia romana iba adquiriendo sobre las demás Iglesias. Todos estos hechos trajeron complicaciones muy oscuras en sí; pero muy luminosas para conocer y estudiar la supremacía alcanzada por el obispo supremo de la Ciudad Eterna. Privada durante un año Roma de su papa por la muerte de Fabiano, eligió á Cornelio, que venido á la sede apostólica mientras duraba la persecucion de Decio, mostró en Roma un ánimo tan pusilánime como el que mostrara en Cartago el cobarde y débil Cipriano. Estas debilidades quebrantan y menoscaban las asociaciones que las sufren. Cipriano tuvo un competidor y tuvo otro competidor Cornelio. Y mientras aquel defendia la eleccion de este, á su vez este excomulgaba los enemigos de aquel. Y por tal excomunion puede verse uno de los términos mas claros de esa especie de serie, que forman las pretensiones de los obispos romanos á la

supremacía pontificia. El Oriente y Grecia no la sospechaban siquiera; pero los pueblos latinos y africanos, es decir, los pueblos de Occidente, comenzaban á sentirla ya en el siglo III de la Iglesia. Por una de esas analogías, frecuentes en la historia, iniciábase la dominacion moral de la Roma pontificia de suerte muy semejante á como habia comenzado la dominacion material de la Roma pagana. Algo de la rivalidad que existe entre la antigua Roma y la antigua Cartago, existe luego entre la Roma y la Cartago eclesiásticas. Estéban sucede á Cornelio en el Pontificado y suscita una gran cuestion sobre la validez del bautizo propinado por los herejes, creyéndole válido, al revés del obispo africano, que lo creia de ningun valor y fuerza. Estéban promulgó su resolucion, como obligatoria á todas las Iglesias, y Cipriano se sublevó contra tal proceder como atentatorio á la autonomia de las diversas asociaciones eclesiásticas y conducente á un predominio imposible de la Iglesia romana. Y mientras estas competencias se desarrollaban, sobrevenian grandes alteraciones políticas de verdadero influjo sobre el desarrollo mas ó menos normal de las Iglesias. El emperador Aureliano exacerbaba el odio y dirigia todas sus fuerzas á destruir sin piedad á los nuevos sectarios; el emperador Diocleciano comenzaba su reinado por una gran tolerancia y lo concluia por una sañuda persecucion; dividíase tras los tiempos mas anárquicos que recuerda la historia, la unidad romana en dos grandes imperios, el imperio de Oriente y el imperio de Occidente; tomaba un poder extraño Maximiano en Milan, Constancio en Treves, Galerio en Sirmium; moria Constancio y le heredaba Constantino, el cual, poseido ya de las ideas nuevas, erigia Constantinopla como rival de Roma, imposibilitada de abrazar el Cristianismo bajo el peso abrumador de sus tradiciones y de sus grandezas; levantábase Magencio contra Maximiano su padre, é iba este á pedir auxilio contra su propio hijo al emperador Constantino; dirigíase Constantino á Roma, rodeado de los cristianos, contra Magencio, rodeado de los idólatras, y á la vista y á las puertas mismas de la Ciudad Eterna ganábase aquella batalla célebre, en que la cruz lució como un labaro espiritual y los ángeles apocalípticos esgrimieron en los aires las espadas de fuego para castigar la nueva Babilonia gangrenada de concupiscencias devoradoras y tendida como una prostituta borracha al pié de los falsos ídolos.